

Turquía contra Grecia

Carlos LARRÍNAGA

Historiador

Junto al conflicto israelo-palestino o de la explosión de Beirut, el acontecimiento más preocupante del Mediterráneo Oriental de este verano está siendo el conflicto abierto por Turquía contra Grecia respecto de los ricos yacimientos de gas. El descubrimiento de importantes bolsas en torno a la isla de Chipre ha vuelto a reavivar sus malas relaciones. Los intereses nacionales referidos a esta fuente de energía son cuantiosos y afectan a varios estados (Egipto, Israel, Líbano o Chipre), pero el choque más directo se está dando entre Atenas y Ankara precisamente con la cuestión chipriota de fondo. En concreto, por su división en dos tras la incursión de las tropas turcas en 1974, que degeneró en un sector ocupado: la República Turca del Norte de Chipre. En realidad, la RTHC sólo está reconocida por Turquía y se ha convertido en un satélite de Ankara. Tal es así que no hay allí localidad donde no se levante un monumento dedicado a Atatürk, por no hablar de que la bandera turca ondea por doquier, de la repoblación con oriundos de Anatolia y que hay unos 30.000 soldados turcos acantonados en ella. En definitiva, un espacio invadido al que Turquía concede el estatus de nación independiente cuando realmente ha sido un área de su expansión política, militar, cultural y económica. Algo que se ha agravado por esta nueva guerra del gas a la que estamos asistiendo. En tanto en cuanto lo hay en las cercanías del norte de Chipre, Ankara se siente legitimada para llevar a cabo su aprovechamiento, colisionando directamente con los intereses de Grecia. De hecho, hace unos meses Erdogan firmó un memorándum con el Gobierno de Unidad Nacional libio, con sede en Trípoli y dirigido por Fayed al-Sarraj, para una nueva demarcación de sus fronteras marítimas, perjudicando claramente a Grecia, al no tener en cuenta las aguas jurisdiccionales de Creta. Con tantos archipiélagos pertenecientes a la República helena, la intención de Turquía es limitar su territorio marítimo únicamente desde la costa continental, algo que no están dispuestos a admitir ni Grecia ni la Unión Europea.

La tensión se venía barruntando desde hacía tiempo, pero en las últimas semanas la situación ha estallado debido al envío del buque de investigación petrolera turco Oruç Reis, escoltado por navíos militares. Esta operación ha encendido las alarmas en Atenas, que no está dispuesta a ceder. La respuesta turca no se ha hecho esperar y Erdogan ha llegado a amenazar directamente al ejecutivo griego, que ha contado con la ayuda directa de Francia e Italia. Alemania, sin embargo, ha decidido jugar un papel distinto, tratando de convencer a Ankara de rebajar el tono. De momento poco se ha logrado y Turquía sigue empeñada en tensar la cuerda, ya que ha visto una posibilidad de oro para poder mejorar su maltrecha economía y reforzar su posición en la región. Sirviéndose del statu quo existente en Chipre, Erdogan quiere jugar sus cartas y no está por la labor de renunciar a un jugoso botín. La pregunta es ¿hasta dónde está dispuesto a llegar? El jueves 3 de septiembre el gobierno de Mitsotakis presentó en el parlamento su propuesta de ampliación de las aguas territoriales en las islas del Egeo como primera medida para evitar las prospecciones turcas en aguas que considera de su jurisdicción. Evidentemente, con esto no se soluciona el problema, aunque el mensaje hacia Ankara es claro y lleno de determinación, si bien poco realista por resultar prácticamente inadmisibile. ¿Y cómo responderá Erdogan? ¿No haciendo ni caso? ¿Estaría dispuesto a llegar a un enfrentamiento armado? No lo creo. La diplomacia y los foros internacionales lo impedirían. Al fin y al cabo, Grecia es socio de la Unión Europea y de la OTAN, de la que asimismo Turquía es miembro.

Esta política tan agresiva de Erdogan se entiende mejor desde el fallido golpe de Estado de 2016, cuando numerosos mandatarios internacionales le dieron la espalda, especialmente, Obama. La desconfianza hacia sus aliados se incrementó, produciéndose un acercamiento hacia Putin. Siendo verdad que la sintonía entre ambos líderes no es total, lo cierto es que Erdogan se ha visto reforzado gracias al nuevo zar ruso. Por otro lado, tampoco debemos olvidar la aspiración de Ankara a convertirse en el gran paladín del sunismo en Oriente Próximo, compitiendo en esta carrera con Arabia Saudí, una teocracia con muy mala fama en bastantes países del mundo, bajo

sospecha, incluso, de haber contribuido a la financiación de grupos terroristas. El islamismo turco es vendido como abierto, tolerante y progresista, aunque en muchas de sus actuaciones no lo sea (represión, detenciones, censura, etc.). Con casi 85 millones de habitantes, con una comunidad turca notable en Europa occidental y con la Secretaría General del Consejo de Cooperación de los Estados de Habla Túrquica, Turquía pretende jugar un papel de primera magnitud en el Mediterráneo Oriental y la explotación del gas incumbe a esta estrategia, por lo que no está dispuesta a ceder. De ahí la necesidad de llegar a algún acuerdo consensuado en que las partes puedan salir satisfechas y beneficiadas.

5 de septiembre de 2020

Publicado en *El Diario Vasco*, 17 de septiembre de 2020, p. 26